

2999

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

2.999

Cuando nuestros padres murieron repentinamente a finales de 1999, me hice cargo de mi hermano pequeño. Tenía veinticinco años y mi hermano diecinueve, pero no me importó asumir esa responsabilidad. Le quería demasiado y me sentía suficientemente capaz y dispuesta. ¿Recuerdan el personaje de Forrest Gump?... Pues un poco así es mi hermano: algo corto de entendederas, un tanto espeso, un pedazo de pan. Carirredondo y mofletudo, de cabellos rubios y bonitos ojos verdes, apenas si sobrepasa el metro setenta; y aunque es de complexión delgada, posee una fuerza enorme, desproporcionada. A pesar de que mi hermano sabía que estaba más limitado mentalmente que la mayoría de las personas, nunca ha tenido complejo de inferioridad, ya que esas carencias intelectuales no le han impedido llevar una vida más o menos normal, semejante a la de otros muchachos de su edad, con su cuota de alegrías, de desdichas y frustraciones.

Tras el accidente sé que gran parte de parientes y conocidos nos compadecieron. Tampoco puede decirse que nos quedáramos en un desamparo completo. Por fortuna mis padres no nos dejaron deudas, y con el dinero procedente de su seguro privado (una cantidad insuficiente, en todo caso) pudimos salir adelante sin excesivos ahogos. Además, unos meses antes me habían contratado como dependienta en una perfumería de la ciudad, y la dueña, al enterarse de la trágica noticia, convirtió mi contrato de trabajo, en principio por seis meses, en indefinido.

Gracias a mi hermano ahora estoy tirada en una tumbona escribiendo en un cuaderno mientras disfruto de esta playa canaria dorándome al sol. Estamos pasando unos días de asueto y despreocupación después de todo lo que hemos vivido últimamente. Aun así debo andarme con cien ojos y estar pendiente en todo momento de que mi hermano no se adentre mucho en el agua. Ya le he dicho que tenga cuidado, pero es muy testarudo y desobediente cuando quiere. Todavía recuerdo la noche en que le abronqué de lo lindo porque se había llevado la maleta de un viajero en la estación de autobuses de la ciudad.

Y es que, hasta hace poco, mi hermano era cleptómano; una persona que, según el diccionario, siente una propensión morbosa al hurto. Morbosa o no, el caso es que ya de adolescente mi hermano dio muestras de su habilidad mangando pequeñas cosas, de escaso valor y totalmente inútiles, en tiendas y supermercados sobre todo, con la consiguiente vergüenza y bochorno de mis padres cuando era descubierto (pocas veces, y cuando eso sucedía sabía poner tal carita de ángel, de inocente bobalicón, que debía de enternecer a todo el mundo y su acción nunca pasaba a mayores). Lo cierto es que nunca he sabido dónde pudo adquirir mi hermano tal práctica delictiva y viciosa, que para el exagerado de mi padre nos cubría de ignominia, porque en mi familia siempre nos atuvimos a esa ponderada virtud de la honradez que, como decía nuestro abuelo materno, casi siempre parecía ir esposada a la pobreza. Pero a papá le daba igual, de ahí que estuviese a punto de llevarlo a un psicólogo para que le quitara la fea afición de hurtar lo ajeno cuando le venía en gana. Si al final mi padre no lo hizo fue porque tanto mi madre como yo logramos disuadirlo asegurándole que en lo sucesivo procuraríamos tenerle más controlado. Como la conducta familiar en dicho sentido era intachable y mi hermano no contaba con amigos que le hubieran podido inculcar aquella afición por lo furtivo, mi padre buscó un responsable, y todas las culpas cayeron sobre la caja tonta. Sí, la culpable era la perniciosa televisión, de la que mi hermano se daba verdaderos atracones, se quedaba como embebido delante de la pequeña pantalla, sobre todo con los dibujos animados y las películas (a poder ser las de artes marciales, las del oeste y las de muchas explosiones y tiros). De hecho, se sabía de memoria la programación de las distintas cadenas y parecía más feliz y despabilado en el mundo de fantasía y ficción de la tele.

Un día le pregunté por qué lo hacía y mi hermano me contestó que era algo que le superaba, que cuando se encontraba en una tienda o un supermercado, por ejemplo, sentía de repente un impulso tentador e imperioso de llevarse cualquier objeto, y que la emoción por no resultar descubierto era muy intensa, casi tan fuerte como el propio impulso. Con lo que, a pesar de las advertencias de mis padres y de su amenaza con castigarle sin ver la televisión si volvían a sorprenderlo llevándose algo que no fuese suyo, mi hermano siguió hurtando cosas. A mí me regalaba mucho de lo sisado (bisutería, figuritas de adorno, libros de bolsillo, etc), aunque al final opté por no contárselo a mi madre para no ocasionarle más disgustos. Después de todo, yo le veía tan entusiasmado y era tan cariñoso y tierno cuando me obsequiaba con alguna de aquellas fruslerías que quise restarle importancia, como si todo aquello se tratara sólo de una travesura inocua y reparable.

A la muerte de nuestros padres mi hermano dejó de asistir a un centro ocupacional (en concreto, un taller de carpintería) para disminuidos psíquicos. Nunca le agradó ese centro, pues él creía ingenuamente que no tenía por qué estar con aquellos chicos, alguno de ellos con una oligofrenia mucho más acusada que la suya; además, por aquellos días

estuvo huraño y malhumorado, algo anormal en él. Se pasó una semana sin decir esta boca es mía y sin apenas ver la televisión, vagando por las calles de la ciudad. Para apaciguarme, el muy tunante decía que mataba el tiempo en la biblioteca, escuchando discos de música clásica en alguna cabina de la fonoteca o leyendo cómics en la sala de lectura, aunque a tenor de lo que sucedió semanas más tarde, no siempre se entretenía con pasatiempos tan educativos.

Ya pensaba que mi hermano había dejado su manía de mangar, pero volvió a reincidir. Una noche de viernes llegué a casa y en mi habitación me encontré con la sorpresa de una pequeña maleta vacía en el suelo y su contenido, un montón de ropa de mujer, esparcido encima de mi cama: sujetadores, tangas y bragas, un par de jerseys, un par de faldas, una camisa, un pantalón vaquero y uno de cuero negro, un abarrotado neceser y unas botas dentro de una bolsa de plástico. Sin salir de mi asombro le pregunté qué demonios había hecho, de dónde había sacado aquella maleta; él, sin apartar la vista de la televisión, me contestó con toda naturalidad que la había cogido esa tarde en la estación de autobuses. Reparé entonces en que era el puente del Pilar, y que seguramente mi hermano le habría sustraído el equipaje a alguna confiada e imprudente viajera. Pensé en la pobre mujer, en el chasco que se iba a llevar, porque, encima, la maleta no contaba con ninguna identificación. Por un momento estuve resuelta a meter otra vez la ropa en la maleta e ir hasta la estación de autobuses para dejarla en el departamento de equipajes u objetos perdidos (ni siquiera sabía si contaban con tal departamento); pero luego, mientras echaba un vistazo a las prendas y comprobaba que toda la ropa era aproximadamente de mi talla, y en muy buen estado, casi nueva (había de las tiendas Mango, Zara, y un jersey de Moschino), aquel primer impulso ya no me pareció una idea tan brillante; al contrario, empecé a recelar y a buscarle tres pies al gato: ¿Qué les diría al entregar la maleta, que por un error la había confundido con la mía, que además no existía?; ¿acaso que había cumplido el encargo de un familiar recogiendo un equipaje que no era el indicado?; ¿y por qué había tardado tanto tiempo en dar el aviso?; ¿y si empezaban a hacerme preguntas comprometedoras?... Como no sabía con certeza lo que me esperaba, a la vez que me miraba en el espejo del armario con el jersey de Moschino por encima, un precioso jersey de punto color burdeos con cuello de cisne, decidí que lo más sensato sería dejar correr las cosas; tal vez mi conducta no fuera un modelo de honradez y civismo según los cánones familiares inculcados, pero aquella ropa de temporada le iba a venir muy bien a mis menguados armarios. Me quedé con todo (las botas, negras, y yo creo que a estrenar, eran de mi número) salvo la ropa interior y algunas cosas del neceser. Esa noche, de puro contenta, le preparé a mi hermano uno de sus platos preferidos, dos huevos fritos (disfruta como un niño untando el pan en la yema y embadurnándose la cara con ella), y le abronqué con la boca pequeña confiada en que surtiera

efecto y sirviese para algo. "Una y no más", le dije, fingidamente seria.

A pesar de lo cual volvió a hacer de las suyas en el puente de todos los Santos. En esta ocasión fue el equipaje de un tal Manuel Gordillo Novarro, con domicilio en Badalona, el que cayó en las garras cleptómanas de mi hermano, quien se superó a la hora de elegir a su víctima. Un bolso marrón de piel con abundante ropa en su interior, amén de un reproductor cedé portátil y unos cuantos discos compactos de música clásica. Inventarié su contenido: dos polos de manga larga (Lacoste y Burberry), una camisa celeste Ralph Laurent, un par de pantalones vaqueros Levis, otro par, grises, Dockers, una sudadera Nike azul marino, un jersey gris marengo de cuello de pico Adolfo Domínguez, un par de zapatos Martinelli y unas zapatillas de material Adidas; hasta los gayumbos y los calcetines eran de marca, por no mencionar la colonia Hugo Boss que encontré en su neceser, y todo por el estilo. Advertí también que aquella ropa, al igual que la vez anterior, apenas si parecía usada y era de la talla de mi hermano, lo que me indujo a pensar que entre aquellas personas a las que podía hurtar su equipaje, seleccionaba a las que se aproximaban en lo posible a su complexión física o a la mía; o sea que no dejaba nada al azar, sino que actuaba siguiendo un plan preconcebido y calculado. ¡Joder con el tonto!

El rapapolvo fue de órdago. Ahora sí que estaba enfadada de verdad. ¿Qué pretendía robando los equipajes de la gente? ¿Acaso quería ir por ahí con toda esa ropa ajena encima?... Me alarmaba su reincidencia, temía que terminaran pillándole con las manos en la masa, y entonces, ¿qué iba a ser de nosotros? Aquello tenía que acabar de inmediato si quería evitar males mayores. Mi hermano se estaba convirtiendo en un vulgar ratero, y como responsable única y directa me sentía desmoralizada y culpable por haberle tolerado en el pasado sus pequeños y continuados hurtos. Le hice prometerme por la memoria de nuestros padres que nunca más volvería a hacer nada parecido, ni intentarlo siquiera, y procuré por todos los medios que comprendiese que aquello no era ningún juego; incluso creo que le asusté con las consecuencias más nefastas para nosotros porque mientras aguantaba cabizbajo y sumamente compungido mi reprimenda, se echó a llorar y se tiró en mis brazos. Luego, no pude por menos que consolarle, pero aquella noche ya no cenó los dos huevos fritos.

¡Ilusa de mí! Había pasado por alto que el ser humano, por muy inteligente que se precie, es el único animal capaz de tropezar dos y más veces en la misma piedra. Mi hermano volvió a las andadas en el puente del seis de diciembre. En esta ocasión la víctima fue una chica que se llamaba Ana María Ventura, de Zaragoza, y como sucedió con la otra maleta, una parte de la ropa fue a parar a las perchas y a los cajones de mi armario y el resto a una bolsa para los de Cáritas del barrio. Aquello empezaba a parecerse a una imparable bola de nieve que se agrandaba por momentos y amenazaba con sepultarnos. Y yo, entre fatalista y

temerosa, me veía resignada a mi suerte. No podía dejar mi empleo y seguir a mi hermano como un lazarillo por toda la ciudad. Finalmente, opté por cambiar de táctica, y a partir de entonces, para demostrarle lo enfadada que estaba con él, habiendo comprobado que con las palabras no conseguía ningún resultado, pasé a los hechos: frialdad en lugar del cariño, la atención y la solicitud acostumbrados. Durante los siguientes días ése fue el recurso que empleé: autoridad severa en lugar de blanda condescendencia; y por unas semanas, al menos, dio resultado. También le convencí para que se apuntase a un curso de informática básica que impartía por las tardes la Consejería de empleo. Era una buena manera de mantenerle ocupado unas horas.

Fue por aquellos días de tranquilidad relativa cuando mi hermano me contó una noche, mientras veíamos en la tele una película de timadores, cómo lograba apoderarse del equipaje de los viajeros sin que éstos se diesen cuenta.

Me detalló su modus operandi, que era de lo más sencillo. Primero elegía un día en el que hubiera un trasiego extraordinario en la estación de autobuses y le resultara más fácil pasar desapercibido. A los ojos de los demás tan sólo era alguien que iba a coger un autobús, o que había ido a despedir a una persona o que la estaba esperando. En ocasiones, para disimular, llevaba una bolsa de plástico grande, o una mochila con sus cuadernos y sus libros. Luego, y esto era lo más importante, había que observar mucho y escoger con cuidado a la víctima, a ser posible que estuviese sola en la estación, sin nadie que la acompañase; después había que obrar con serenidad y cautela: aprovechando la aglomeración, el guirigay y la confusión lógica (detalle que se acentuaba aún más en una estación pequeña como la de nuestra ciudad) que se formaba en torno a los distintos autobuses, mi hermano se mezclaba con la gente y seguía con la vista a la persona elegida, fijándose en qué parte del amplio portaequipajes depositaba su bolso o su maleta. Una vez localizada, mi hermano aguardaba a que subiese al autocar y se acomodara en su asiento, momento en el que, por lo general, se ponía a hablar por el móvil, a escuchar música o a leer un periódico, una revista o un libro; todos hemos viajado alguna vez y lo único que deseamos en esos momentos es que el conductor no se demore y parta cuanto antes hacia nuestro destino. Confiada en su asiento, la víctima en cuestión no podía sospechar ni tampoco advertir (a veces por la propia ubicación en el autobús) que abajo mi hermano, entre una nube de cabezas y brazos, con el maletero todavía abierto, le había sustraído el equipaje. Y con el botín en la mano se marchaba de allí tan campante, como si fuera un viajero más que acababa de llegar a la ciudad. Añadió mi hermano que no siempre se daban todas las condiciones, pero que de ser así estaba chupado y apenas se corrían riesgos, que hasta un tonto podía hacerlo.

El sábado 29 de julio lo recordaré mientras viva. A buen seguro que casi todas las personas conservan en la memoria una o más fechas que,

engarzadas a unos acontecimientos concretos, se recuerdan por su especial significación, ya que fue a partir de ese día cuando sus vidas tomaron un camino completamente distinto, imprevisible a veces, para mejor en unos casos, para peor en otros.

Hacía poco que se había cumplido un año de la muerte de nuestros padres. Ese sábado, por la mañana temprano, camino de la perfumería, pronostiqué otro día de mucho calor. Había dejado la comida preparada y a mi hermano en la cama dormido. La jornada, mis últimas horas de trabajo antes de mi periodo vacacional, discurrió con normalidad. Aún no había planeado nada con mi hermano, pero tenía la intención de irme con él unos días a la costa. Desde siempre le ha encantado la playa.

Cuando entré en casa mi hermano estaba en el salón, viendo la tele con una lata de CocaCola en la mano. Nos saludamos y le pregunté qué había hecho durante la mañana, si había ido a la piscina municipal como los otros días. Me contestó que no, que había andado por ahí. Le dije que la comida estaría lista en cinco minutos y me fui a la cocina. Y entonces la vi, encima de la mesa: una mochila grande azul marino con varias pegatinas y la cremallera abierta, y junto a ella dos bolsas de plástico transparente repletas de pastillas. Cientos y cientos de pastillas de un color blancuzco, como aspirinas algo más pequeñas. Asustada, lo primero que hice fue regresar al salón y preguntarle a mi hermano si se había tomado alguna. Me dijo que no, que no sabía lo que eran. Le pregunté si había cogido esa mochila en... Sí, se la había hurtado a un chico muy joven, casi sin querer, casi involuntariamente, sin saber que dentro de la mochila no había más que un montón de pastillas inservibles.

¿Inservibles, hermano querido? Una no es ninguna experta en drogas porque tanto yo como mis amigas, salvo algunas copas los fines de semana, no nos metíamos nada más; pero o mucho me equivocaba o aquellas pastillas eran éxtasis. ¿Mi hermano le había birlado a alguien los restos de un alijo de éxtasis? No sé por qué, me puse nerviosa ante la posibilidad de que fuera cierto. ¿Y si alguien le había visto? ¿Y si se llegaban a enterar de quién había sido?... Guardé las pastillas dentro de la mochila y puse la mesa mientras mi cabeza daba vueltas a lo que iba a hacer con toda esa droga. Comimos en silencio, y al postre mi hermano me preguntó si estaba muy cabreada. Le dije que estaba más preocupada que cabreada porque si no dejaba de mangar cosas acabaría pasándonos algo muy malo. Después de fregar, y como remedio para calmar mi ansiedad, me entretuve contando las pastillas, que tenían a modo de logotipo un minúsculo caballo alado, de las dos bolsas. Había 2999 pastillas, ni una más ni una menos.

Cómo obtuve en unas semanas casi tres millones de pesetas en efectivo por las pastillas (dinero con el que pude comprar un modesto coche y realizar este viaje) es ya otra historia que involucra a otras personas. Para no comprometerlas en exceso, únicamente escribiré que se prestaron a

participar en el trapicheo un primo de mi madre, policía municipal desde hace muchos años, y uno de los dueños de la Candy, discoteca de referencia en nuestra ciudad y uno de los lugares donde más se consume este tipo de sustancias.

Hasta la fecha no me he sentido culpable ni me he arrepentido del uso que hice de las pastillas. De no haber sido las mías, hubiesen sido las de otros. Actué con pragmático egoísmo. Aun así, me tocó vivir unos días de incertidumbre y zozobra en los que mi mente engendraba los pensamientos más agoreros y disparatados. Si llamaban a la puerta o al telefonillo me imaginaba que era la policía que venía a detenernos, o los dueños de la droga a ajustarnos las cuentas.

Miro la hora en mi reloj: son casi las dos. Llevo escribiendo mucho rato. Alzo la vista del papel y veo a mi hermano jugando incansable cerca de la orilla con su balón de plástico. ¡Cómo está disfrutando estos días! Por encima de todo, quiero que sea siempre así de feliz. Mañana iremos de visita a la isla de Lanzarote... Noto que estoy empezando a sudar. Curiosamente, ayer hablé con mi amiga Alicia y me dijo que en la ciudad el termómetro no había superado los cinco grados. Me incorporo y recojo mis pertenencias. Le voceo:

-¡Jesús!, ¡Jesús!... ¡Sal ya del agua, anda, que nos vamos a comer!